

Psicoanálisis y crisis social: Pandillas juveniles, culpables o víctimas. La responsabilidad generacional

HÉCTOR COLOMA

INTRODUCCIÓN

Es sabido que nuestra sociedad no tiene las características de los años ochenta en lo que se refiere a las manifestaciones de violencia social. Aquella década, notoriamente marcada por la crisis socioeconómica, se caracterizó porque al principio tuvo una gran efervescencia política y social que luego fue disminuyendo paulatinamente a medida que crecía el terrorismo. Los toques de queda y estados de emergencia formaron parte de la vida cotidiana junto a muertes violentas, desapariciones y atentados diversos. Estas experiencias vivenciales, tan profundas e intensas, nos puso de cara a la muerte y, como consecuencia, a vivir al borde del pánico, lo cual nos obligó a adoptar una actitud de sobrecogimiento general. Posteriormente, en los años noventa, atenuando el fenómeno terrorista, irrumpieron en la escena nacional nuevas formas de violencia. Las denominadas barras bravas, junto a las pandillas juveniles, sustituyeron parcialmente a la violencia terrorista. Más tarde, otras agrupaciones más antisociales –las bandas delictivas– se agregaron a las anteriores y en conjunto produjeron nuevas cargas de angustia para la vida nacional. En otro artículo sobre violencia social⁽¹⁾, se ha investigado sobre el fenómeno de las barras bravas y su relación con la violencia armada. En éste, se intenta una comprensión del comportamiento de las pandillas juveniles y los múltiples factores que intervienen en su aparición.

Primero, es conveniente manifestar que al hablar de violencia juvenil corremos el riesgo de asumir que la violencia social proviene solamente de este sector de la pobla-

ción. Es necesario enfatizar que al hablar de las pandillas juveniles así como de las barras bravas, sólo nos estamos refiriendo a algunas formas de violencia en nuestro país. Un análisis más profundo puede demostrarnos que nuestra sociedad en general ha sido impregnada de violencia, donde pocos sectores de la población se han podido librar de ella.

Las investigaciones sobre la violencia en el Perú se han abocado, como era de suponer, hacia los sectores que la han sufrido directamente. Forzados migrantes, desplazados, familiares de las víctimas desaparecidas y asesinadas y niños traumatizados por la violencia han sido objeto de estudios por terapeutas familiarizados con el estudio de la violencia. Aún así, son pocos los estudios sobre este tema y menos todavía desde la perspectiva psicoanalítica.

DESCRIPCIÓN

En los últimos tiempos han aparecido grupos de jóvenes que se han organizado en pandillas. Por sus actividades, a veces delictivas, han generado una gran preocupación de la sociedad. El problema se ha ido acrecentando debido a que con el transcurrir del tiempo se han incrementado en diversos distritos de la capital, principalmente en sectores populares. Sin embargo, el fenómeno de las pandillas no es nuevo en nuestra sociedad. Ya en los años sesenta hubo algunas pandillas que nacieron, se dice, por influencia del cine y de aquel fenómeno musical –que algunos recuerdan con nostalgia– conocido como *rock and roll*. Aquellos grupos producían escándalos callejeros. A vista de los mayores fumaban tabaco y no marihuana, tal vez sea bueno precisarlo, en una actitud que, en aquel entonces, se interpretaba como un claro desafío a las figuras de autoridad.

Coloma, Héctor
Médico Psiquiatra, Egresado del Instituto Peruano de Psicoanálisis.

Otras veces bebían licor o realizaban riesgosas competencias automovilísticas, no sin algunos accidentes mortales. Suscitaban peleas con otras pandillas, ya sea por defender a alguna muchacha de los intereses sentimentales de algún elemento extraño al grupo o porque su territorio había sido invadido por un enemigo barrial. Marlon Brando y, el no menos célebre James Dean, muerto, qué duda cabría, en un accidente automovilístico, fueron dos paradigmas juveniles que protagonizaron "El Salvaje" y "Rebelde sin causa", dos películas de fines de los años cincuenta, que marcaron época por graficar la conducta de la juventud norteamericana, comportamiento que fue adoptado por algunos sectores de nuestra sociedad. Más tarde, otra película: "West Side Story" (1962) reforzaría dichas inquietudes juveniles. En ella se pudo apreciar las causas que motivaban la lucha entre pandillas en dicha época. Pero es justo señalar que las pandillas de entonces, como las de ahora, transgredían las normas sociales.

CARACTERÍSTICAS

Como señala Sánchez León⁽²⁾, las pandillas juveniles actuales no tienen como quehacer exclusivo realizar actividades delictivas sino que éstas se encuentran incorporadas dentro de las actividades diversas que practican de acuerdo a las circunstancias y que son consideradas como propias de su edad, es decir, participar en fiestas, pelear, ingerir licor o inclusive consumir drogas.

Estas pandillas están compuestas generalmente por chicos del mismo barrio o de una institución que les brinda una identidad común: si no pertenecen al mismo lugar pueden ser de un mismo colegio o simpatizantes de un mismo equipo de fútbol. Este denominador común les ofrece un sentido de pertenencia o de propiedad, una misma identificación o sentido de identidad, una mejor comunicación entre sí y un espacio para compartir en medio de una mutua correspondencia afectiva.

La composición de las pandillas puede ser mixta en cuanto a género, pero generalmente están integradas sólo por varones. Algunas raras, son sólo mujeres. Escalante y Valencia⁽³⁾ han hallado en Huamanga (Ayacucho) que de quince pandillas, tres estaban compuestas exclusivamente por mujeres.

Las "bandas" se diferencian de las pandillas en que tienen objetivos específicos y los miembros que la componen lo hacen a sabiendas que ingresan a una carrera delictiva. Poseen cualidades sofisticadas para las funciones que desempeñan dentro de ellas. Así como la

banda de músicos, cuyos miembros se especializan en tocar determinados instrumentos, las bandas delictivas están compuestas por individuos que destacan en funciones específicas: planificador del robo, seleccionador de miembros, conductor, "campana", etc. Por otro lado, no requieren de un número grande de miembros como el de las pandillas, pues éstas se hayan más preocupadas en crecer para darse seguridad en las competencias beligerantes que sostienen con otras pandillas. Según los medios de comunicación en Lima, hay pandillas integradas por cerca de ochenta miembros.

Lo que asemeja las pandillas a las "colleras" o grupos de adolescentes, es que ambas se comportan igual desde el punto de vista de la psicología de grupos: tienen un código de comportamiento que, aunque no establecido, se cumple tácitamente. Deben guardar lealtad al grupo, a su líder y a cualquiera de sus miembros incluso contraviniendo las normas del grupo familiar al que pertenecen⁽⁴⁾. En el caso de las pandillas, sus integrantes rechazan las normas que la sociedad impone, establecen criterios para la incorporación de nuevos miembros, se brindan protección y seguridad entre sí. A veces pueden tener algunos ritos que les da mayor sentido de pertenencia, como puede ser la forma de saludarse, vestir o expresarse. Es sabido cómo los adolescentes tratan de diferenciarse; por ejemplo, en el uso del lenguaje. O como en el caso de Ayacucho donde existe una pandilla en la cual es requisito obligatorio el peinado "hongo" (Escalante y Valencia). En otros casos, los rituales practicados pueden expresar grados de violencia exagerada como sucede con las pandillas descritas en San Salvador, país azotado por la violencia armada. El requisito para ingresar a las "marras" (así denominan a las pandillas en esa nación) es soportar, por un tiempo preestablecido, una fuerte paliza por parte de otros miembros del grupo con similar constitución corporal a la del iniciado (La Prensa, San Salvador, 26/8/95).

EVOLUCIÓN

Si hacemos un análisis de cómo han ido evolucionando las denominaciones que usan las pandillas uno se puede percatar que guardan las mismas características que las barras bravas. Ambas parecen tener un objetivo idéntico: atemorizar a sus rivales. Sus autodenominaciones son similares y comunes: "Sicarios", "Criminales", "Los Desalmados", etc. Pareciera que las causas que motivaron la aparición de las pandillas hubieran sido las mismas que motivaron la aparición de las barras bravas. En este estudio encontramos idénticas características a las "barras bravas" e incluso a las bandas delictivas, pues ellas

también han incorporado denominaciones parecidas: "Los Destruidores", "Los Malditos de Pachacamac", "Los Terribles de Nochetto", etc. Todas tienen similitudes en la apariencia de querer generar temor. Sin embargo, en los años sesenta –aunque no hay estudios de esta índole– las denominaciones poco tenían que ver con este hecho. Sánchez León nos recuerda a "Los Gatopardo" de Miraflores, que era la más conocida de esa localidad. Podría rememorar otras de diferentes partes como "Los Strongest", "La Plaga", "Los Chicos Malos", etc., de esa Lima pequeña de entonces. Aún guardando alguna semejanza, sus actividades antisociales rara vez traspasaban sus linderos territoriales. No llegaban a la violencia actual ni trascendían en la magnitud que sucede hoy. En la actualidad pueden adoptar una agresividad inusitada llegando a una ferocidad donde no miden el daño personal o material. Es como si demostrando mayor violencia ganaran el respeto de los demás.

TRAUMA Y COMPORTAMIENTO

Anna Freud⁽⁵⁾ describe cómo el Yo utiliza mecanismos para evitarse angustias adoptando las actitudes del agresor. De esta manera el sujeto víctima invierte los roles y se convierte en el causante del temor. En el juego de los niños es fácil percatarse de este mecanismo. Ellos dramatizan sus conflictos a través del juego en una repetición frecuente que denominamos "compulsión a la repetición". Inconscientemente repiten su drama. De la misma manera, las actitudes y comportamientos que las pandillas y las barras bravas emplean, son el contenido manifiesto que bien puede interpretarse como un verdadero "acting out" de los adolescentes. Dicen a través de sus acciones lo que fluye y desborda sus capacidades y oigas de contención como si existiera en ellos una fuente de energía que alimentara esta tendencia. Esto ocurre cuando los mecanismos que nos defienden de intensas excitaciones son resquebrajados por exceso de estímulo (S. Freud)⁽⁶⁾. Como ocurre con el fenómeno de las barras bravas, es en este momento cuando se instaura el trauma psíquico. Considerando que los sentimientos de miedo, temor y pánico han estado tan presentes en todos nosotros es de suponer que en los individuos más frágiles es en quienes el trauma se fija en mayor grado. En ese sentido, los más pequeños son los que han venido sufriendo reiteradamente estos episodios desde hace más de una década, y son víctimas de un estado crónico de angustia, y, por ende, de un proceso difícil de elaborar incluso al llegar a la adolescencia. Al llegar a esta etapa escenifican sus conflictos, ya no en juegos, sino organi-

zándose en pandillas y barras bravas. Posteriores investigaciones han demostrado que las barras bravas están conformadas por pandillas juveniles de la misma manera que los haces musculares compuestos por numerosas fibras. Por eso la similitud de las denominaciones. Las pandillas que se habían adscrito a la "ideología" de un equipo de fútbol engrosaban las filas de los barristas, con la carga afectiva absolutista y fundamentalista parecida a los miembros de los grupos terroristas⁽⁷⁾. Las ideologías políticas no lograron ser revestidas de interés por los miembros de esta generación, pero encontraron en el fútbol el objeto adecuado que las sustituyó ligando toda esa carga de afecto que estaba libre. De esta manera podría explicarse sus tendencias fanáticas y fundamentalistas.

Como se ha mencionado, las pandillas juveniles conservan sus particularidades de acuerdo a la psicología de grupos. El Yo, en las pandillas, está menos diluido que en las barras, conserva algo mejor su juicio crítico y también alguna heterogeneidad entre sus miembros. Obviamente, ese juicio crítico se desborda con facilidad sobre todo cuando se ingresa a la barra en que ésta adquiere las características de masa. En ella todo se transforma: lo individual se torna colectivo, lo heterogéneo da paso a lo homogéneo, el Yo se diluye, el individuo pierde su capacidad de censura y queda a merced de lo instintivo como señala Freud⁽⁸⁾. Aparecen así, las hordas primitivas que siguen a su líder y en su comportamiento abierto y desenfrenado ponen al descubierto sus tendencias más primarias. Por otro lado, la lucha por su territorialidad y la demarcación nítida de sus linderos hace recordar a las denominadas "zonas liberadas" de los grupos terroristas. Si a este detalle se agrega el hecho de que algunas pandillas establecen reglas tan rígidas en que el miembro que ingresa al grupo ya no podrá salir y así, las similitudes con los grupos terroristas se tornan incuestionables.

Sobre las líneas fronterizas, habría que preguntarse cuánto pudo haber influido el conflicto territorial que mantuvimos con nuestro vecino país del norte que ocasionó una guerra no declarada hace poco. Por la edad de los pandilleros y barristas, es posible que alguna vez les haya pasado por su mente la idea de tener que engrosar las filas del ejército y participar en un verdadero conflicto armado.

Todos estos aspectos pueden darnos una idea que nos permita comprender cómo la mente de nuestros jóvenes y adolescentes puede estar ocupada por un conjunto de ideas y sentimientos relacionados con conflictos bélicos que le acarrearán nuevas ansiedades, depresiones y otros síntomas psicopatológicos.

No creo que sea necesario añadir que estos factores se suman a aquellos que todo adolescente arrastra en su proceso de cambios: presiones sociales para hacerse un lugar en la vida, frustraciones generales en medio de la crisis socioeconómica, cultura del éxito que pregona el liberalismo, entre múltiples factores más que hacen de los jóvenes presa fácil para las angustias y frustraciones mencionadas. Ackerman⁽⁹⁾ refiriéndose a las conductas antisociales de los adolescentes señala que este tipo de psicopatía es una enfermedad social, contagiosa y virulenta. Aceptando la posibilidad de que sea endémica en ciertas partes de una cultura, afirma que cuando el clima social la estimula, puede tornarse epidémica.

Esta "endemia social" de Ackerman tiene su equivalente sociológico. Durkheim, citado por Fuenzalida⁽¹⁰⁾, señala que existe una tasa "normal" de conducta antisocial o anomia. La tasa de anomia se mide teniendo en cuenta la cantidad de delitos, alcoholismo, psiconeurosis, Farmacodependencia, suicidios y divorcios. Estos hechos son indicadores del grado de integración o desintegración de una sociedad determinada. Estos indicadores señalan que desde hace siete años la tasa de anomia se ha incrementado en las ciudades más importantes del mundo y que esta tendencia es parecida en todas partes. Además, se ha observado un enorme incremento de conductas antisociales en los menores y adolescentes y, tal vez lo que sea más impactante, es descubrir que cada vez es menor la edad en la que éstos se inician en las diferentes formas del delito.

Las propuestas para cambiar esta situación llaman la atención por el carácter represivo de la mayoría de ellas. Desde el toque de queda para los menores de edad hasta las de reprimir con castigos a los adolescentes y jóvenes son algunas de sus alternativas. Hace poco, después de un concierto juvenil que congregó a decenas de miles de adolescentes y que costó algunas muertes, se escuchó opinar a varios profesionales que bastaría con darles una buena palmada a las chicas para recuperar autoridad y obediencia. Estas propuestas son manifestaciones de una clara negación de responsabilidad por parte de las autoridades en general, incluida la de padres y adultos. La política represiva es la misma que utilizan ciertos mecanismos de defensa del Yo para negar la angustia que un proceso de elaboración genera. Sería incrementar la posibilidad del *acting out* de los adolescentes en la medida en que las autoridades demostraren ser incapaces de acceder siquiera a una introspección. Tal vez, para los ojos de los adolescentes, las instituciones tutelares no tengan autoridad moral para hacerlos acatar lo que ella misma no cumple. Las encuestas que salen publicadas en diferentes medios de comunicación demuestran la baja confiabilidad que tienen hacia muchas instituciones públicas y privadas los diversos secto-

res de la población. Habría que preguntarse en qué porcentaje participa este hecho en el comportamiento de los adolescentes.

Este comportamiento es un claro rechazo al sistema en que viven. El porcentaje de abandono paterno, donde se añade la violencia y el maltrato familiar, se sabe que es alto en los sectores más frágiles. Sus grandes carencias afectivas encuentran en las pandillas un espacio de solidaridad que no le brinda la familia y menos la sociedad. Ellos mantienen una actitud contestataria y rebelde que empezó a expresarse desde el momento en que empezaron a poner sus "graffiti" en las diferentes calles de la ciudad con el objetivo de manifestar su protesta y de querer abrirse un espacio en esta sociedad con la que no se identifican. Mantendrán este comportamiento mientras sigan sintiéndose extraños a este sistema hecho por los "adultos". Hace algún tiempo, cuando empezaba mi formación analítica tuve una paciente de unos 35 años. Tenía pésimas relaciones con sus padres; sin embargo, rescataba de ellos el haber sentido que le entregaban una sociedad saneada, "como una especie de cheque en blanco" –decía–, cuando se aprestaba a asumir sus responsabilidades como joven.

Probablemente se estaba refiriendo a los numerosos paradigmas que la humanidad ofrecía. En el campo de la política había todas las ideologías, desde las de De Gaulle y Kennedy hasta las del "Che Guevara" o Mao. Lo mismo podríamos decir de los campos deportivo y musical: Los Beatles, Muhamed Alí, Pelé, por mencionar algunos. No pretendo manifestar como los viejos nostálgicos: "Todo tiempo pasado fue mejor". Sin embargo, hoy, ubicándonos empáticamente con los jóvenes, poco podríamos escoger.

Ackerman afirmaba que la conducta psicopática de los adolescentes no podía ser tratada eficazmente si enfocábamos a éstos como seres aislados de la familia. De la misma manera, no podemos tratar adecuadamente el problema de las pandillas si enfocamos el problema separado de la sociedad. Si el adolescente representa un síntoma de la perturbación de su grupo familiar, debemos entender que el problema de las pandillas es igualmente un síntoma de una sociedad perturbada. Una sociedad enferma que ha sido expuesta a una epidemia, donde los más vulnerables se contaminan primero, y no hay edad más vulnerable que la adolescencia. Podemos atribuir a la crisis socioeconómica gran porcentaje de responsabilidad en la aparición de esta violencia juvenil, al desencanto y a las pocas expectativas existentes como consecuencia de haber crecido en una sociedad donde la violencia armada se constituyó en el marco referencial obligado para tipificar esta nueva generación. Evocando a la paciente arriba mencionada, pienso que los jóvenes, con relación a la sociedad que reciben,



probablemente han de sentir que el cheque que les damos de nuestras manos no tiene respaldo alguno. Por eso resultan, a todas luces incongruentes y nada empáticas, las propuestas represivas. Resulta curioso que justamente esa falta de respaldo provenga de la generación de adultos que pertenecieron en su juventud a la llamada "década prodigiosa", a la de los años maravillosos, a la de "Haz el amor y no la guerra". Freud decía, citado por Aray,⁽¹⁰⁾ que había tres profesiones imposibles: la de educar, la de gobernar y la de psicoanalizar. Aray, por su parte, añadía la de ser padre y la actual generación de padres lo estaría confirmando en tanto representa todas las instancias del poder. Las propuestas represivas sólo buscarían evitar pensar en nuestra responsabilidad generacional, en esconder nuestra incapacidad como padres, como adultos, como figuras de autoridad y, quien sabe, como analistas y terapeutas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Coloma H, Caravedo L. El fútbol como escenario de la violencia social en el Perú. Algunas perspectivas psicoanalíticas. XIV Congreso Nacional de Psiquiatría. Lima-Perú Nov. 1996.
2. Sánchez-León A. En el juego de la vida. DESCO. Lima, Perú.
3. Escalante M, Valencia I. Perfil de las pandillas juveniles en Ayacucho. *Anales Salud Mental* 1996; 12 (1-2).
4. Olmsted MS. El pequeño grupo. Ed. Paldos. Buenos Aires, Argentina. 1993.
5. Freud A. El Yo y los mecanismos de defensa. Ed. Paldos. Buenos Aires, Argentina. 1950.
6. Freud S. Más allá del Principio del Placer. Ed. Biblioteca Nueva. 1919.
7. Alonso-Fernández F. Psicología del Terrorismo. Salvat Editores. Barcelona-España. 1986.
8. Freud S. Psicología de las masas y análisis del Yo. Ed. Biblioteca Nueva. 1890.
9. Ackerman N. Diagnóstico y tratamiento de las relaciones familiares. Ed. Hormé 4ª Edición. Buenos Aires, Argentina. 1961.
10. Fuenzalida F. Los jóvenes en la ciudad de la furia. *Revista Flecha en Azul* N° 2. 1996.